

## PRÓLOGO

Hablar de “Los volcanes de La Palma” supone ocuparse de la esencia primigenia del medio insular. La Palma, como el resto de las Islas Canarias, existe gracias a los volcanes. En el argot científico se califican como *islas volcánicas*, lo que significa que se trata de islas que volcán sobre volcán han ido creciendo desde el fondo del océano hasta emerger por encima del nivel del mar, sin que en ningún momento de su historia geológica hayan mantenido vínculo territorial con tierras continentales. Por esta razón, se las conoce también como *islas oceánicas*, para diferenciarlas de las llamadas *islas continentales*, que derivan o han estado conectadas en algún momento al territorio continental.

En España, por ejemplo, las Islas Baleares son continentales, porque en algún momento de su existencia han tenido continuidad territorial con el resto de Europa a través de la Península Ibérica; por el contrario, de las Islas Canarias, pese a su proximidad a las costas occidentales africanas, los geólogos argumentan que su génesis es estrictamente volcánica e independiente por completo al continente.

Ocasionalmente se ha cuestionado esta tesis por ciertas evidencias biológicas que no viene al caso comentar, pero en el presente la hipótesis de que Canarias se trata de un archipiélago íntegramente volcánico es la dominante entre la comunidad científica. Lo mismo que se acepta para el resto de los archipiélagos macaronésicos (Azores, Madeira, Salvajes y Cabo Verde), pese al indudable atractivo poético y evocador de considerar a estas islas como las cumbres que resistieron el cataclismo telúrico del hundimiento de la Atlántida de Platón.

Sirvan estos párrafos previos de digresión general, para aproximarnos al libro del destacado cronista y periodista Juan Carlos Díaz Lorenzo, amigo y paisano natural del pueblo de Fuencaliente, municipio que acredita una tarjeta de presentación irrefutable cuando de volcanes se trata de hablar. Fuencaliente es un volcán; su paisaje sería irreconocible sin la silueta de volcanes tan recientes como los de Martín, San Antonio o Teneguía, por citar sólo algunos. En Fuencaliente, los volcanes imprimen carácter al paisaje y a sus gentes. No albergo la menor duda de que la energía que impregna a todas sus facetas profesionales, Juan Carlos la ha tomado de los volcanes de la tierra que lo vio nacer.

Juan Carlos nació en Las Indias de Fuencaliente y aunque no se le he preguntado nunca (¿para qué?), estoy convencido que, todavía lactante, la primera vista que contempló desde los brazos de su madre fue la silueta del volcán de San Antonio y la del Roque Teneguía, que décadas después daría nombre al que ha sido el

último volcán de la Isla y de toda Canarias. Fue por la mañana, todavía temprano, cuando los humanos buscamos instintivamente por el este la salida de los primeros rayos solares.

Por la tarde, en Las Indias siempre se mira al mar. Un mar aplacerado y bello, al que la luz vespertina transforma en dorado espejo mágico, hasta que el Sol se esconde por el horizonte de la esperanza. La esperanza en la que tantos y tantos isleños buscaron las otras Indias, cruzando el Atlántico cuando en esta tierra nuestra “pintaban bastos”. Una esperanza de la que también Juan Carlos fue cautivo y en la que seguramente acunó su amor por los barcos y por Venezuela, materias a las que ha dedicado hermosas páginas literarias.

La versatilidad y capacidad de adaptación de Juan Carlos la ilustra su trayectoria vital. Se inspira en todo y escribe de casi todo. Ha pasado de los barcos y los puertos, a ocuparse de los aviones y aeropuertos. Goza de la habilidad de los buenos relatores, que trasforman en amena literatura documentos y datos técnicos áridos o ininteligibles. Sabe escribir y describir, algo elemental de enunciar pero que pocos tienen la virtud de llevar a la práctica.

En esta ocasión, bajo el atractivo título de “Los volcanes de La Palma” se vertebran una serie de capítulos, que si bien es verdad giran entorno a ese denominador común, tampoco es incierto el que se instrumentaliza a los volcanes para ocuparse de temas variopintos, a cual de ellos más sugestivo e interesante. En torno a la naturaleza geológica de los volcanes, aparecen referencias geográficas, climáticas, agrícolas, económicas, astrofísicas, biológicas, marinas, topográficas, arqueológicas, hidrográficas, estratégicas, turísticas, etc. Aparentemente materias muy heterogéneas, pero que si se utilizan en forma y dosis adecuadas, como Juan Carlos lo hace, la resultante es amena y enriquecedora para el lector. También es heterogéneo el puchero canario; el secreto de su éxito consiste en dosificarlo y condimentarlo bien.

Los motivos que nos invitan a la lectura de un libro como el que nos ocupa, son tan variados como el de sus potenciales lectores. El motivo central que estructura el libro es sin duda la “aproximación histórica” a los volcanes de La Palma. Es en ese aspecto donde posiblemente se aporte mayor documentación inédita, tanto gráfica como escrita. Sin embargo, los secretos que encierra el libro para captar nuestro interés desbordan mucho el ámbito de los volcanes. En mi caso, por ejemplo, nada más hojear el avance del texto que me facilitó el autor, para pergeñar estas líneas de presentación, captó mi atención el capítulo dedicado a la “Estación hidrofónica de Puerto Naos”. La razón no se fundamenta en que tenga especial predilección por los temas de espionaje; simplemente se despertó de nuevo la curiosidad del adolescente, edad a la que siempre se

quiere saber más y en la que siempre se tiene la sensación de que no se nos dice toda la verdad. Seguro que esa curiosidad la comparten muchos palmeros de mi generación, para los que la “estación americana de Puerto Naos” siempre se nos presentó como un tema tabú. Lo he confirmado: había más razón en la opinión de algunos, que en los desmentidos de los medios oficiales. Pasa el tiempo y, sin entrar a valorarlo, en estos asuntos suele ser así.

La estructura del libro facilita afrontar sus múltiples capítulos de forma independiente. Tanto si se busca el detalle concreto, como si se pretende la información monográfica del capítulo elegido. Se salta sin dificultad de unos a otros, sin comprometer su comprensión ni mermar el rendimiento de su lectura.

Tras satisfacer mi curiosidad sobre la estación hidrofónica de Puerto Naos, regresé al volcán que marcó fantasías y temores en mi infancia, al volcán de San Juan:

*La mañana de San Juan  
del año cuarenta y nueve  
toda La Palma se mueve  
por la erupción de un volcán...*

Son los primeros versos de una décima, que yo creo le oí a mi madre como canción de cuna, porque los estertores telúricos de esa mañana de San Juan los escuché protegido en su útero. Nací el año del volcán y, como a todos los de mi generación, nos marcaron las narraciones sobre los temblores de tierra previos a la erupción; del tintineo de la loza en la alacena; de como llovía ceniza en forma de lapilli; de los ruidos nocturnos; del pausado e implacable descenso de la lava por la zona de Las Manchas; del pánico vivido en Mazo cuando, al margen de la colada principal que descendía por la vertiente oeste insular, corrió la noticia de que un río de lava fluía con rapidez por el pago de Tigelate:

*Una corbata de luto  
el volcán le puso a Mazo  
y tardó en hacerle el lazo  
hora y media y un minuto...*

En octubre de 1971, viví en primera línea de fuego como alumno del profesor D. Telesforo Bravo la experiencia del volcán Teneguía, pero reconozco que me marcó mucho más los relatos dantescos del volcán de San Juan, escuchados durante la infancia. Se confirma de esta forma como la magia de la historia bien contada al niño, supera la experiencia de la realidad vivida por el adulto.

San Juan (1949) y Teneguía (1971), constituyen los dos volcanes más recientes de la Isla de La Palma y de todo el Archipiélago

Canario. Ambos se integran en el llamado edificio volcánico de Cumbre Vieja que, a pesar de la paradoja de su nombre, agrupa la serie de volcanes más jóvenes de la Isla. La mayor parte de ese edificio se incluye dentro del Parque Natural de Cumbre Vieja, que conjuntamente con el Paisaje Protegido de Tamanca y el Monumento Natural de los Volcanes de Teneguía, concentran la mejor muestra del paisaje volcánico insular, que conjuntamente con el Teide y Timanfaya, bien podría sumarse al elenco de Parques Nacionales. La Palma tiene a su favor la circunstancia de incluir un variado número de conos y coladas distribuidas en un amplio abanico temporal, desde el nivel del mar hasta los 2000 m de altitud y abiertas a exposiciones muy diferentes, lo que permite ilustrar a la perfección las pautas y grados del proceso de colonización biológica del sustrato. Sólo pesa en su contra la circunstancia de que precisamente ya existen en Canarias los otros dos parques nacionales mencionados, eminentemente volcánicos y que, aunque de forma más limitada, ilustran también el fenómeno de la colonización biológica.

A los valores naturales comentados para este entorno volcánico, recientemente se ha sumado un aspecto cultural con potencial significado turístico: el redescubrimiento de La Fuente Santa, sepultada por las lavas del volcán de San Antonio en 1677. Conocida desde la época aborígen, este prodigioso naciente de aguas termales y propiedades curativas, es responsable de que Fuencaliente lleve su nombre. En el libro se narra de forma detallada y documentada el interés histórico del manantial, así como los avatares transcurridos hasta su reencuentro en la tarde del 24 de octubre de 2005, sin duda uno de los “hitos de comienzos del siglo XXI en la historia de La Palma y de Canarias”, de acuerdo con el autor.

Fuera del concepto más convencional de volcán, se abordan otros temas de interés geomorfológico o natural relacionados con la dialéctica telúrica entre el poder constructivo de los volcanes, frente a la capacidad destructiva de la erosión. El principal agente erosivo en La Palma es el agua: marina en el litoral y de lluvia en el interior.

El litoral insular muestra magníficos ejemplos de “isla baja”, que ilustran el proceso constructivo, frente a cortados acantilados que documentan la dinámica destructiva. Sin embargo, es en el interior del corazón insular donde la Caldera de Taburiente muestra un ejemplo paradigmático del fenómeno de la erosión hídrica. El interés científico de este importante accidente geográfico, que ha servido para acuñar en el mundo el término geomorfológico de *caldera*, la singular belleza paisajística del lugar, los excelsos pinares que la cubren y la importancia de su conservación para

garantizar el caudal de aguas que atesora, fueron motivos determinantes para su declaración en 1954 como Parque Nacional.

El capítulo dedicado a La Caldera de Taburiente incorpora interesantes datos relacionados con la propiedad de sus aguas y el recurso del cielo insular, convertido en un referente mundial por el Observatorio del Roque de Los Muchachos del Instituto de Astrofísica de Canarias. Ambos aspectos, “agua y cielo”, gestionados con inteligencia y en sinergia con el resto de los recursos naturales, potencian el interés y valor añadido del Parque Nacional, que como ya he manifestado en distintos foros, se ha quedado pequeño desde la perspectiva biológica que fundamenta el Parque: cubrir una muestra significativa del ecosistema de *pinar canario*, tanto en su expresión más genuina, como ecotónica con otras comunidades vegetales contiguas. Para ello resulta imprescindible como mínimo extender el ámbito del Parque Nacional, desbordando la cumbre hacia el exterior y llevar el límite hasta donde el pinar se funde con el monte verde.

Valga esa última reflexión personal para concluir estas líneas con las que Juan Carlos tuvo la generosidad de obsequiarme, al invitarme a prologar su libro. En su cordial y amistosa participación no me condicionó el espacio, pero sí el tiempo. Siempre las prisas; nos olvidamos que en cualquier momento puede surgir un “volcán” que trastoca el cronograma personal de nuestras vidas; de nuestros aciertos o desatinos territoriales.

**Pedro Luis Pérez de Paz**

Catedrático de Botánica  
Universidad de La Laguna